

Reino de Cordelia edita 'El caso del asesinato de la Canaria', novela protagonizada por el detective Philo Vance

«PHILO VANCE ES EL DETECTIVE de ficción más estúpido de la historia», vino a decir Raymond Chandler. El creador de Philip Marlowe no fue, por tanto, muy benévolo con S.S. Van Dine ni, de paso, con el mítico editor Maxwell Perkins, que impulsó las novelas de Vance desde la prestigiosa Scribner's, el sello que lanzó a Ernest Hemingway y a Francis Scott Fitzgerald. Ni, ya puestos, con los millones de lectores y espectadores que siguieron las peripecias de Vance en 12 novelas y en 11 películas.

Lo cierto es que los detectives, el estilo y el universo creados por Chandler o por Dashiell Hammett –dentro de la llamada Novela Negra– nada o muy poco tuvieron que ver con las novelas de Van Dine, que pertenecieron a una fase anterior, importada de las novelas británicas de misterio –Vance tenía acento inglés, porque había estudiado en Oxford–, novelas criminales de enigma o de rompecabezas, que su autor planteaba como un juego intelectual e, incluso, deportivo –dijo– para el lector.

Reino de Cordelia publica ahora *El caso del asesinato de la Canaria* (1927), segunda novela de Philo Vance y la primera llevada al cine. La misma editorial había puesto en circulación, hace poco, *El caso del asesinato de Benson* (1926), primera entrega de la serie.

¿Por qué Chandler fue tan duro con Vance? Voy a tomar algunos rasgos del detective aficionado del magnífico y concentrado retrato que hacía de él Salvador Vázquez de Parga en su



El escritor y crítico de arte S.S. Van Dine (1888-1939).

GALERÍA DE IMPRESCINDIBLES/508 S.S. VAN DINE UN TRIÁNGULO ENIGMÁTICO



POR MANUEL HIDALGO

imprescindible libro *Los mitos de la novela criminal* (Planeta). Philo Vance es guapo, alto, elegante en el vestir, menor de 35 años, experto coleccionista de arte, rico, formado en Harvard –como su autor– y en Oxford –como dije–, extraordinariamente culto y sabio en mil materias, refinado gastrónomo, jugador de golf y de polo, ajedrecista, aficionado a la ópera y a la música clásica y vive en dos pisos de Manhattan asistido por un mayordomo. Con todo esto, su ironía es desdeñosa, se siente superior, habla con pedantería y desprecia al vulgo. ¿Simpático, no? No, también es muy antipático.

¿Y quién fue S.S. Van Dine? Ahí está la cosa. S.S. Van Dine no sólo fue el pseudónimo elegido por Willard Huntington Wright para escribir las novelas de Philo Vance, sino que –dentro de ellas– es su abogado, su amigo y el narrador de sus

procelosas investigaciones, que vienen en ayuda de las escasas facultades de John F.X. Markham, fiscal neoyorquino, y Ernest Heath, sargento de Homicidios de la policía. Van Dine inserta en sus relatos muchas citas cultas e, incluso, notas a pie de página.

Willard Huntington

UNO DELANTE WILLIAM KENTRIDGE

Es impresionante, por su montaje y por su contenido, la exposición en el Reina Sofía de William Kentridge (Johannesburgo, 1955), Premio Princesa de Asturias de las Artes. Del versátil artista, maestro del dibujo en

Wright nació en 1888 en Charlottesville (Virginia) –como el presidente Thomas Jefferson–, creció en Santa Mónica (California) –donde su padre fue propietario de un hotel–, estudió en Harvard –sin licenciarse–, se especializó en arte en Múnich y París, tuvo un hermano que fue destacadísimo pintor y, bastante antes de inventarse a Philo Vance –y a Van Dine–, adquirió una enorme reputación como crítico literario y de arte y también como editor de revistas culturales.

Huntington fue precoz en casi todo. En 1916, publicó su primera novela, *The Man of Promise* –nada que ver con Vance–, y a continuación, ensayos sobre Nietzsche y sobre cuestiones artísticas que le valieron la admiración del fotógrafo Alfred Stieglitz,

blanco y negro, se muestra una ingente cantidad de obras, relacionadas con su dedicación al cine, al teatro y a la ópera. Pósters, bocetos, maquetas, títeres, películas o vestuario, así forman parte del proceso creativo, adquieren la categoría de piezas autónomas, aunque insertas en un discurso que cuestiona el 'apartheid', la tiranía

o el capitalismo colonial. El expresionista resultado plástico, crítico y emocional es apabullante.

de la pintora Georgia O'Keeffe y del mismísimo William Faulkner. Se casó por vez primera en 1919 y, tras tener una hija y divorciarse, se volvió a casar en 1930 con una pintora.

¿Por qué un hombre así se metió en el tinglado de escribir novelas de detectives?

Probablemente, por querer ganar más dinero y por lograr un éxito que le permitiera llevar la vida de millonario que llevó. Y que luego desprecie.

Parece ser que hacia 1923 estuvo enfermo, fuera de combate, durante dos años. Se dice que por su adicción a la cocaína. Durante este tiempo leyó y estudió a fondo unas 2.000 novelas policíacas –que no son pocas–, y de ahí surgieron Van Dine y Philo Vance. En 1928, publicó sus famosas 20 reglas de la novela policíaca (que pueden leerse en internet).

El caso del asesinato de la Canaria trata del embrollado asunto de la muerte de una estrella o vedette del espectáculo así apodada. ¿Quién la mató? (1929) fue el poco imaginativo título en español de la versión cinematográfica, en la que el apuesto William Powell –como en otras ocasiones– interpretó a Philo Vance y la inteligentísima *femme fatale* Louise Brooks a la asesinada.

Van Dine escribió, además, 12 historias breves de Philo Vance para otros tantos cortos de 20 minutos que produjo la Warner con gran éxito. La última novela de su detective se publicó en 1939, el mismo año de la muerte del escritor, a la temprana y vapuleada edad de 50 años.

RETRATOS AMERICANOS DAVID HUERTA POESÍA, DESTELLO, RESONANCIA



POR RAÚL RIVERO

DICE QUE ES UN rocanrolero

frustrado que aún toca la guitarra y un obrero de la literatura por su nostalgia de la izquierda, pero estos autorretratos escritos con humor y distancia son recursos particulares que utiliza David Huerta (Ciudad de México, 1949) para levantarse todos los días a ver el sol del valle donde vive con la carga de ser uno de los poetas más importantes de su país y un editor, ensayista y traductor de renombre internacional.

Con una probada vocación para liberarse de las cárceles de la academia y de la crítica, así como de otra categoría de prisiones, el intelectual ha sabido asumir la influencia de su padre, Efraín Huerta, un clásico de la poesía mexicana, y esquivar los pasadizos oscuros que proponen a la vanidad la colección de premios y medallas que le dejan en el expediente su disciplina de trabajo, la imaginación, el talento y amor lúdico y desbordado por la palabra.

Sus libros de poesía, una docena, están unidos por el timbre de su voz, su temperatura, su búsqueda permanente, aunque cada uno arde en un mundo reconocible y soberano que siempre deja anuncios para otros universos que vendrán. Sus poemas iniciales eran como conversaciones abiertas y claras con el lector y luego se hicieron oscuros, difíciles, barrocos, misteriosos, en los que la única claridad salvada no tiene que ver con la arquitectura del mensaje, tiene que ver con la emoción.

Entre sus títulos de mayor relieve aparecen *El jardín de la luz*, *Cuaderno de noviembre*, *Huellas del civilizado*, *Incurable*, *La música de los que pasa*, *El azul en la flama*, *La calle blanca* y *La mancha en el espejo*.

«Para mí», ha dicho David Huerta, «la poesía es un destello en el sistema nervioso que puede desarrollarse a través de las palabras, que son tan toscas al mismo tiempo que finas, y están llenas de capacidad de resonancia, incluso de materialidad; y esa materialidad está en la capacidad que tenemos de proferirlas o escucharlas. No hay tangibilidad, pero sí materialidad. Por ahí va la cosa».

PHILO VANCE, EL DETECTIVE DE VAN DINE, ES GUAPO, ALTO, ELEGANTE EN EL VESTIR, MENOR DE 35 AÑOS, EXPERTO COLECCIONISTA DE ARTE, RICO, FORMADO EN OXFORD, CULTO, GASTRÓNOMO